

Publicado en:

adrià pina PINTURAS (1978-2004). Fundación Provincial de Cultura,
Diputación de Cádiz, 2004

D.L-CA-549/04

ISBN: 84-95174-87-1

ADRIÀ PINA: REFLEJOS DE UN PARADIGMA

- I -

La trayectoria artística de Adrià Pina, cuyo desarrollo he tenido la oportunidad de seguir casi de manera ininterrumpida, cubre, aproximadamente, tres décadas. Años durante los cuales sus indagaciones plásticas y reflexiones estéticas han ido conformando los rasgos esenciales de un discurso poético muy personal.

Intentar clasificar a este pintor constituiría una tarea no solo ardua sino también inútil. La nomenclatura aplicada al conjunto de sus creaciones o en particular a cada una de las series que ha ido y va desarrollando, es lo suficientemente mudable -que no imprecisa- para inducir a posibles equívocos, palabras técnicas lejanas a su auténtica realidad.

En mi modesta opinión, quizá la estimación más ajustada, por cercana a su manera de pensar, sentir y actuar, podría ser una manifiesta preferencia -como él mismo me comentó en cierta ocasión- por la labor plástica “intimista, caliente, mediterránea”. Un algo bastante remoto a las categorizaciones en momentos atribuidas a Adrià Pina como hiperrealista o proclive al universo “Pop”.

Mediterráneo es, entre otras muchas cosas. Y satisface constatar cómo muy buenos artistas -entre los que se encuentra el que nos ocupa ahora- manejando su disposición creativa en el trance de pasar a la acción, son capaces de zafarse de las modas vigentes que, sin más, etiquetan sus fórmulas inventivas sepultándolas en el gran osario de los “ismos” pasados o presentes.

En el conjunto de las actitudes y aptitudes de Adrià Pina asistimos a un despliegue sin trabas, tanto de la pura intuición como del puro temblor reflexivo/mental, lo que da cuenta de su clarividencia y capacidad de raciocinio. Aroma poético de arte integral: síntesis depurada de versátiles efectos multiplicadores que constituye su propio estilo de crear, muy complejo, mezcla de rigor analítico exigente con la concepción y acabado del objeto artístico, con rasgos emocionales a modo de voluntaria pasión fría que no enmascara su calidez obvia.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que Adrià Pina es un artista que no puede ocultar, pese a su manifiesta sencilla timidez, una patente exaltación provocada por cuanto le fascina. Un entusiasmo movido por los mecanismos cerebrales de la razón que le impelen a penetrar en cualquier escena cotidiana, el auténtico revulsivo para una mente tan fascinable. Deslumbramiento, frenesí, “mis-en-scène”. Proceso de creación que se cumple entre la experiencia de los sentidos, la inspiración y concepción de la obra y su realización.

Imágenes de potencia y atrevimiento insólitos, incluso en el momento actual en que triunfa, en muchos casos, la moda del artificio. De un creador como Adrià Pina que es capaz de deshacer el ingenuo tópico de que basta el desenfado juvenil y cierto guiño al “estilema” de las circunstancias vigentes para hacer algo de provecho, creativamente hablando, por supuesto.

Me atrevería a añadir que, ante un posible maridaje estético, optó en su momento, por una pintura propia, de acuerdo consigo mismo; la que convence no existe una frontera clara entre lo que algunos adjetivan como “figuración”, “hiperrealismo”, “neo-pop”... y muchas cosas más. Optando también por la estricta manifestación de una labor plástica “all over”, en que pincelada tras pincelada, va creciendo hasta ocupar el conjunto por los cuatro costados y envolviendo con precisión laberíntica sobre la trama previamente trazada en su cerebro.

Si al hacer mención anteriormente al proceso de creación he apuntado las circunstancias de captación, gestación y elaboración de las obras, cabría añadir ahora que, a Adrià Pina esa tesitura le proporciona el vehemente impulso para la global ejecución artística. Ha encontrado una realidad diferente, resultado de todo el esfuerzo invertido en

planear y buscar, en aquilatar un lenguaje y en definir una forma de comunicación.

Resulta imprescindible puntualizar un matiz determinante, para evitar cualquier aleatoria distorsión, en un barrido rápido con la mirada a labor tan significativa y repleta de signos como la de Adrià Pina. Referente a que no existe la menor duda sobre que nos hallamos en las antípodas de una simple dramaturgia representacional.

La afirmación está sustentada en la comprobación del voluntario alejamiento del pintor de ciertos intimismos pegajosos habituales muy temibles; que soslaya mediante un distanciamiento analítico, de visión objetiva del tema elegido y a través de una maduración muy pensada y rigurosa del hecho pictórico material. Doble contención reflexiva que le aboca a una “re-presentación” compleja e intensa a la vez; esto es, intrincada temáticamente y emocionalmente en el nivel de la pura esencia pictórica.

Y así, podría sobreañadir que la propia experiencia estética, vigorosamente apoyada por la geometría mental que Adrià Pina maneja, ha conseguido conformar no solo su personal realidad, sino también su lenguaje-estilo. De esta manera, en los cuadros aparece solo parte de la realidad convencional, pero desprendida de su envoltura matérica habitual y reconocible: se ha transformado en puro signo de lo que ocultaba.

En definitiva, Adrià Pina ha exhalado, casi en el mismo estado puro en que ha sido resollado, ese aire del sureste que le mantiene, que se le escapa entre los alveolos de los pulmones, que nunca rehuyó “reconocer” invisible en los lienzos y con el que casi “narcotiza” silente y placenteramente al espectador avisado.

- II -

Adrià Pina, nació con un pincel en la mano. Fué en l'Alcúdia (Ribera Alta, Valencia) el cinco de marzo de 1959, donde vivió una adolescencia plena de lectura, contemplación de imágenes y proceso de identificación de su mente desbordada. Pronto supo que idear y crear era lo suyo. A los doce años ya pintaba con una mirada perspectiva y global echada sobre sus preferencias precozmente conformadas. Se diría que un “todo menos reprimir la imaginación” comenzaba a constituir su lema, una vez convencido de que el “feed-back” más eficaz para él tenía como soporte el lienzo.

Más tarde, orientó su estrategia algo a contrapelo de las corrientes en boga, patentizando desafíos sorprendentes e interesantes. En esta época, se introduce de lleno en el mundo de la pintura, recibiendo diversos premios juveniles; realizando exposiciones colectivas e individuales tanto en el País Valenciano como en diferentes ciudades españolas.

A mediado de los setenta y hasta que comienza el periodo evolutivo de las series, Adrià Pina cubre una etapa cercana al realismo crítico de tintes marcadamente ecologistas, en consonancia con el ambiente socio-político del momento; fechas en que el pintor realiza obras muy atractivas afines al sistema lingüístico referido. Estos cuadros son susceptibles de ser considerados tanto de manera conjunta como aisladamente.

Comienzan las SERIES. Inicio de los ochenta. Sus exploraciones artísticas se centran en temas con nombre propio; y, desde luego, en su ya plenamente conformado estilo propio, de manera escalonada pero imparable. Adrià Pina, con poco más de veinte años, cambia de residencia, se instala en Valencia, viaja a la Documenta de Kassel, a la Bienal de Venecia y expone en Nueva York -donde existe una considerable colección de sus cuadros-, Londres y Madrid.

Las series ejecutadas en el itinerario cronológico que va de 1981 hasta hoy, es lo más conocido y con creces la parte más voluminosa del quehacer artístico de Adrià Pina. Su trabajo en series contribuye, casi con seguridad, a que el espectador encuentre

más rápidamente el sentido a cada una de las obras y a que sea partícipe de la reflexión que a llevado a cabo el creador. Es importante puntualizar que la pertenencia a una de ellas, no dificulta que los cuadros sean independientes entre sí y puedan ser estudiados de manera independiente, por separado.

“RECLAM” fué la primera serie que realizó, en formatos de diverso tamaño, técnica mixta -grafito y óleo sobre tela- y representación de tendencia fotográfica. En el 83, le seguirá “MANS”, serie en la que trabajó dos años, añadiendo otros materiales en la elaboración, mediante los cuales amplía su discurso; con la novedad a tener en cuenta también de realizar objetos tridimensionales. En estas fechas, “The Chase Manhattan Bank” adquiere para su colección “Contemporary Spanish Art”, diez obras de Adrià Pina, a la vez.

En los años 1985-86, el pintor experimenta con nuevos materiales -polvo de mármol, serradura, madera, metal, hierro, pigmentos, esmalte- y prosigue ahondando en la investigación de su lenguaje personal, su versátil poética personal. Como resultado de estas cavilaciones surgen dos series renovadoras: “EINES” y “CAPSES”, en las que mantiene insinuados sus temas de fondo, sobre los que se recortan las siluetas de elementos utilitarios; desarrollando cadenas de significación en secuencias meditadas y realizadas cuidadosamente, lectura que prioriza a la simple aprehensión visual.

Un giro de timón estratégico y efectivo conduce a Adrià Pina en 1987, hacia nuevos itinerarios; viajes, ciudades, museos, imágenes... Y nuevas referencias, aunque redefiniendo siempre contra viento y marea su propio lenguaje pictórico. Con impecable factura, de estricta y depurada seguridad compositiva, Las Ciudades, gráficamente identificables, irrumpen sus telas: “BERLIN”, “BARCELONA”, “VIENA”, “MARSELLA”, “ROMA”.

Hasta 1994, el artista trabaja en estas series. Construcciones urbanas, presencia humana, “empujan” con cierto orden de filiación geométrica, a materiales y utensilios; distribuyendo el conjunto en áreas definidas, a tenor de sus recursos expresivos y en función de imágenes recontextualizadas. Los materiales que inserta y los procedimientos pictóricos mantendrán su identidad, salvo pequeñas pero apreciables transformaciones.

La capacidad e innegables dotes pictóricas de Adrià Pina, junto a su irreductible constancia semántica con respecto a la concepción imaginativa, le impulsan durante el periodo que transcurre entre 1994/1995/1996/1997, a generar nuevas resonancias y efectos de sentido en el ámbito de la expresión de un lenguaje plástico lo suficientemente coherente y asentado como para permitirse licencias en las características de su poética.

Las series realizadas en el tiempo señalado -casi un lustro- corroboran el aserto. Tituladas por separado: “ESCULTURA”, “...SERIES...” y “CAPSES”, las obras aprecian cambios con respecto a las anteriores, sobre todo en cuanto manifestar un carácter más intimista. Adrià Pina mantiene en parte sus procedimientos pictóricos, aunque haciendo hincapié con fuerza en una novedosa estructuración y disposición de los elementos que compone sobre la tela, buscando una determinada función de contraste en los mismos. Tanto en las imágenes, como en la relectura de anteriores temas.

Ya desde 1998 hasta 2003, ambos inclusive, Adrià Pina se ocupa en emitir unos mensajes que, modestamente, calificaría de “intranquilizadores”, y hasta de “desafiantes”. Observando los cuadros de sus últimas series “perpetradas”, este complejo e infatigable creador sigue librando sus combates personales a contracorriente, aunque lo que está claro es el resultado satisfactorio que aparece pujante en los lienzos.

En principio, Adrià Pina se embarca en el riguroso proceso de la serie “JOC”, que le sirve para explorar conjuntamente el mundo de los adultos y de los niños; desde una mirada profundamente analítica que no empaña el fulgor lúdico y cuyo alcance se extiende mucho más allá de la simple anécdota narrativa, en cuanto significación reflexiva.

De manera solapada, investigando sin tregua, como si de eludir toda posible parálisis se tratara, se inmerge casi a la vez, en sus trabajos de renovada factura, la serie “CAPSES”; unos trabajos basados, solo en parte, en una relectura de obras anteriores que atiende con evocaciones propias. Curiosamente, comparar unos y otras, te percata y ratifica de la dimensión de aquellas y estos. También de algo muy importante: un estilo coherente, la constancia en la labor bien hecha y, como no, la creatividad, constituyen el soporte que sustenta los encuentros personales.

En la actualidad, Adrià Pina trabaja en una neotérica relectura de uno de sus temas de los 80, la serie “MANS”. Su disposición creativa permanece incólume, pero su cabeza creo que bulle más que nunca.

En cierta ocasión recuerdo oír decir que en el devenir de las artes pueden darse ciertas paradojas y, asimismo, “cartas marcadas” de cada uno de sus trajes de moda, lo que pienso puede propiciar registros reductivos e islacionistas. Pero, claro, otras estrategias “dan juego” también.

Y quienes ha optado por compartir determinados principios, aunados a sus íntimos maratones solitarios y travesías natatorias a contracorriente, quizá forjen y cumplan su propio destino: ora descuartizando su propia poética, para situarla en la platina del microscopio; ora retomando los pedazos para re-construirla.

Adrià Pina sigue, por tanto, creando formas, ya sea sobre un plano, ya sea escapándose de él; siempre meditadas y con mantenido aliento, sin perder el resuello. Formas generalmente asociadas a temas muy concretos, que acompasa a los movimientos de su propio impulso pero susceptibles de alcanzar un proceso de universalización.

Elementos y circunstancias que le proporcionan libertad de creación a través de su capacidad de percepción, reflexión y comunicación. Y a tiempo que ejerce la función de emisor, hace copártcipe al receptor/espectador: la retroalimentación esta consumada ya desde el momento temprano de la elusión del propio ombligo y de los peligros de la excesiva objetivación, en pro de satisfactoria relaciones simbólico-reales.

Esta exposición nos muestra la fresca palmaria de las imágenes concebidas y ejecutadas por Adrià Pina así como de su disposición estética. Por un lado, las del joven pintor desde sus comienzos persiguiendo inventar y conformar, libremente, su estilo personal. Y más tarde, igualmente libre, las del artista experimentado que se desliza desde los compromisos de la memoria cultural, a los que ha contraído muy seriamente consigo mismo.

Olga Real

Miembro Numerario A.I.C.A. Esteta